

Entre incertidumbres, cálculos y expectativas ficticias. Prácticas de consumo de cocaína en un barrio del conurbano bonaerense durante 2018

Autor: Jeremías Zapata

Institución: Universidad Nacional de Quilmes

E-Mail: jeremias_zapata@yahoo.com

Introducción

El consumo de drogas ilegales se debe a diferentes motivos y tiene diversos fines. Así mismo, se llevan a cabo de forma tanto individual como grupal. Además, en mayor o menor medida, las personas están relativamente condicionados a diversos espacios físicos y horarios en los cuales consumir, así como también a la utilización de ciertas drogas y no otras.

Una variedad de matices y experiencias se hallan en el tipo de prácticas de consumo que analizamos. De allí que nos interesa indagar en formas de prácticas y relaciones que dan cuenta de todo un mundo social. A pesar de que el consumo de drogas ilegales pueda desarrollarse de “espaldas” al común de la sociedad, está lejos de suceder en guetos o en lugares y con personas que nada tienen que ver con un “normal” desarrollo de las cosas. Por el contrario, las mismas forman parte de un cotidiano, y posibilitan tanto un entramado de relaciones sociales que, por ejemplo, más o menos responde a valoraciones hegemónicas, así como también motorizan parte de la economía de la cual, directa o indirectamente, participan tanto los mismos consumidores de drogas ilegales como el resto de la sociedad.

El presente trabajo conlleva la apuesta tanto científica como política de desmitificar algunas imágenes que desde el sentido común se construyen sobre las personas y los tipos de relaciones que giran en torno al consumo de drogas ilegales. Pero además, si bien gran parte de la investigación es etnográfica, quedan abiertas algunas posibilidades que nos permitirán en futuros trabajos retomar la problemática desde un abordaje que establezca una relación entre lo micro y lo macro. Es decir, aquí hacemos foco en comprender de cerca parte del entramado de relaciones que giran en torno al tipo de consumo en cuestión, para luego dilucidar toda una estructura socio-cultural y político-económica que excede a las personas y da cuenta de condicionamientos e imposiciones objetivas tendientes a influir de tal forma que se reproducen prácticas que, bajo ciertas condiciones, terminan por ser autodestructivas.

Particularmente, en esta ocasión solamente haremos foco en el consumo de cocaína, lo cual no quita que a lo largo del trabajo no sean nombradas como parte de las prácticas de consumo

otras drogas ilegales, como pueden ser marihuana y pasta base, o también drogas legales como el alcohol.

Es así que partiendo de prácticas de consumo de cocaína entre personas de 18 a 55 años del barrio Santa Rosa de Temperley durante 2018, nos preguntamos, ¿cuáles son algunas de las motivaciones que orientan sus prácticas de consumo?

Objetivo general

- Reconstruir algunas de las prácticas de consumo de cocaína que se llevan a cabo en el barrio Santa Rosa de Temperley durante 2018.

Objetivos particulares

- Señalar los espacios físicos en los cuáles se llevan a cabo el consumo de cocaína;
- Registrar los días y horarios en los que se consume;
- Analizar las motivaciones que orientan las prácticas de consumo;
- Exponer algunas de las estrategias que las personas llevan a cabo para poder consumir.

Metodología

La metodología utilizada para el presente trabajo es de carácter cualitativo. La elección de la misma se debe a que la investigación requiere de ahondar en motivaciones que orientan las prácticas de las personas a la hora de consumir drogas ilegales. Las técnicas empleadas son las denominadas como observación participante y participación observante, las cuales nos permiten acceder a la conducta observable (discursos y gestos), en los lugares y momentos exactos en donde se realizan las prácticas de consumo. A su vez, el empleo de entrevistas semi-estructuradas son de utilidad para registrar y analizar con más detalles la forma en la cual las mismas personas piensan, ven y sienten sus propias prácticas de consumo de drogas ilegales.

Tanto la observación participante y la participación observante, como las entrevistas semi-estructuradas, son complementarias entre sí, debido a que en la etnografía propiamente dicha seguimos de cerca y participamos de los diálogos entre las personas, sus diversos recorridos por el barrio y las prácticas de consumo en las distintas esquinas o espacios cerrados, pero también nos vemos imposibilitados de realizar anotaciones precisas en el momento, ya que, a veces, los/as entrevistados/as hablan juntos/as, interrumpiéndose entre ellos/as o brindando tanta información que se dificulta el registro. A esto se suma que, en privado, cuentan cosas que frente a otros no dirían. Es aquí en donde la utilización de entrevistas semi-estructuradas

resulta de gran ayuda, pero no sin tener en cuenta que, en ocasiones, se ven más facilitados/as a expresarse mejor durante los momentos mismos en los cuales llevan adelante sus prácticas de consumo, que estando inmóviles en espacios cerrados y en privado. Por eso, a su vez, esto es complementado con etnografía, ya que al estar en espacios abiertos y en movilidad, los/as entrevistados/as dicen cosas que son de importancia debido a que les surge hablar según los distintos lugares físicos o cruzarse con otras, contando anécdotas que no recuerdan o que no pueden poner en palabras durante las entrevistas.

Estado del arte

Desde el campo de las Ciencias Sociales se han escrito trabajos sobre el consumo de distintas drogas ilegales, como marihuana (Becker, 2014; Pearson y Twohig, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011), LSD (Willis, 2014; Castellón-Montenegro y otros, 2015) y crack (Bourgois, 2014) o pasta base (Bruzzone, s/f). Algunos estudios, trazaron posibilidades de entender el uso de las diversas drogas más como una relación social que como un acto individual (Guzmán-Franco y otros, 2011) o percibieron que los efectos de las mismas responden más a construcciones sociales que a componentes químicos (Becker, 2014; Willis, 2014). Otros, pusieron en relación el uso cotidiano de drogas con las estructuras de clase y de dominación que hacen al contexto en el cual se las consume (Bourgois, 2014; Bruzzone, s/f; Rodríguez Alzueta, 2016).

Nosotros compartimos algunas de las ideas centrales de Daiana Bruzzone (s/f) para entender al consumo de drogas ilegales desde una perspectiva alejada tanto de una mirada que reduce a sus usuarios/as a “delincuentes” o “enfermos/as”. De esta forma, siguiendo a la autora, hacemos énfasis en un modelo que contempla una relación entre la sustancia, el individuo y el contexto (Bruzzone, s/f). Así, el consumo de las drogas ilegales es abordado como una relación social en tanto articuladora de sentidos, discursos y prácticas, experiencias compartidas y aprehendidas socio-culturalmente (Becker, 2014; Willis, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011).

Al igual que otros, el presente trabajo estudia las prácticas de consumo de personas que transitan la informalidad laboral y el ocio forzado, y que cometen o cometieron en algún momento pequeños delitos (Rodríguez Alzueta, 2016), pero también involucra a otras que están dentro del mercado formal y que no recurren o recurrieron a delitos (robo o hurto).

Además, nos diferenciamos de trabajos que hacen hincapié solamente en jóvenes (Rodríguez Alzueta, 2016; Bruzzone, s/f; Guzmán-Franco y otros, 2011), ya que entendemos que la

participación de adultos y adultas en estas prácticas de consumo es central para comprenderlas más allá de un sector social específico, es decir una juventud obligada al ocio.

Por último, retomamos la concepción del consumo de drogas ilegales en tanto articulador de grupalidad y conformador de identidades, pero a partir de centrarnos en el consumo de cocaína, proponemos una mirada que nos permite entrever que además de grupalidad, identidad y rituales basados en el *don* (Rodríguez Alzueta, 2016), también hay otros comportamientos que obedecen a motivaciones diferentes.

Marco teórico

Para el presente trabajo necesitamos dar cuenta de tipos de acción social que tengan como premisa que detrás de las prácticas de consumo, además de rituales que componen grupalidad y conforman identidades, como señalamos anteriormente, hay otras motivaciones. Las mismas se desarrollan en situaciones específicas y con acceso a una información limitada que condicionan, o mejor dicho, obligan a las personas a elaborar y reelaborar sus prácticas realizando cálculos más o menos racionales. En este sentido, son centrales algunas ideas de Jens Beckert expuestas por Pablo Nemiña (2016).

En primer lugar, Beckert establece que los actores llevan a cabo sus prácticas en situaciones de *incertidumbre* (Nemiña, 2016), lo cual hace que éstos se encuentren con obstáculos a la hora de desarrollar estrategias dirigidas a la maximización de sus beneficios.

“La incertidumbre define a aquella situación en la cual los actores no pueden predecir ni asignar probabilidades en la distribución de los resultados, por lo cual es imposible deducir estrategias racionales a partir de una meta de optimización de la utilidad buscada o de la maximización del beneficio (...) El problema no reside en la pretensión de maximización, sino en cómo lograrla en contexto de incertidumbre (Nemiña, 2016; p. 8).”

Una vez definidas las condiciones del contexto en el cual los actores llevan adelante sus prácticas económicas, Beckert utiliza el concepto de *racionalidad intencional* (Nemiña, 2016), “lo cual supone que procuran alcanzar una meta que optimice su utilidad, aunque no conocen los mejores medios para alcanzarla” (Nemiña, 2016; p. 10).

Así mismo, para Beckert el contexto temporal y espacial en el cual se encuentra el actor es indispensable para entender que los fines son producto tanto de los deseos del mismo como también de los condicionamientos que la situación le impone.

“Así, contexto y actor se fusionan en el proceso de acción social y sólo son distinguibles analíticamente. En este sentido, la acción es menos el resultado de la decisión individual como un punto en un encadenamiento de eventos que expresan la interrelación entre voluntad individual y contexto (Nemiña; 2016, p. 10).”

De esta forma, los actores “deben comprender qué medios usar, esto es, qué estrategias seguir, a fin de hacer un uso óptimo de los recursos existentes en contextos de incertidumbre” (Nemiña, 2016; p. 10). Por lo tanto, basándose en las definiciones que los actores hagan de la situación es como éstos decidirán. Deberán realizar un juicio de, entre otras cosas, las condiciones materiales, las relaciones causales y los comportamientos esperados por parte de los demás actores. Tales juicios tendrán su soporte en expectativas intersubjetivamente compartidas.

La construcción de la *intencionalidad racional* es un proceso creativo e intersubjetivo que implica, a la vez, una interrelación entre agencia y estructura. De modo que la acción se encuentra determinada por la lectura que se hace de la situación.

“(…) la intencionalidad no se basa en reflexiones cognitivas previas a la acción, sino en un conocimiento práctico que informa a la acción y configura el entorno de los actores. En la medida que los cursos de acción establecidos llevan a los resultados esperados, los actores no cambian sus rutinas y hábitos. Pero sería inadecuado limitar una teoría de la acción a la noción de rutina, ya que sólo en ocasiones excepcionales las situaciones son idénticas a las experiencias previas. Esto hace necesaria la reflexión y la respuesta creativa por parte de los actores (Nemiña, 2016; p. 10).”

Por último, según Beckert la *racionalidad intencional* se apoya en representaciones sociales con el nombre de *expectativas ficticias* (Nemiña, 2016). Tales expectativas, tienen un fuerte anclaje en ficciones que delimitan situaciones que podrían llegar a darse, lo cual provee de orientaciones a la hora de tomar decisiones en un contexto de incertidumbre. Las expectativas no tienen que ser necesariamente reales, sino que alcanza con que sean convincentes, basta con que brinden razones suficientes para actuar en relación a un futuro incierto.

Incertidumbre

Las entrevistas y el trabajo etnográfico nos permitieron encontrar ciertas regularidades y pautas más o menos establecidas a la hora de consumir cocaína, las cuales giran en torno a determinados días del mes y de la semana, horarios y espacios físicos. Por ejemplo, los viernes y sábados son los días en los que se consume de forma habitual, entre las 21 y las 03

hs., generalmente en las esquinas, casas o piezas propias, o en su defecto, la casa o pieza de algún amigo o conocido del barrio.

Estas regularidades y pautas proveen de un marco de referencia a los/as consumidores/as, el cual más o menos estructura y organiza lo pensable a hacer el fin de semana. Así, “tomar” se convierte en casi algo necesario y obvio, que se da por descontado.

“Yo trabajo toda la semana, todo el día. Cuando cobro más vale que voy a tomar. Me aseguro la movida de una. Es fija.”¹

“Los sábados seguro que tomo. Agarro unos pesos y me compro una o dos bolsitas. Me encierro en casa o en lo de un amigo y tomo con él.”²

Al parecer, para los entrevistados/as, el consumo depende principalmente del sustento económico. Un sustento que en principio está relativamente ligado de la posibilidades de contar con un trabajo. Las personas que consumen y trabajan formalmente pueden hacerse una idea de que van a poder comprar cocaína, aunque sea en los primeros días del mes. Son casos en donde las posibilidades materiales generalmente se adecuan a las planificaciones inmediatas.

“Gano bien. No gano mucho tampoco, pero me alcanza. Cobro, le dejo plata a mi vieja, le dejo plata a la mamá de mi hijo, también le dejo algo a mi hijo y después me doy mis gustos. Cobro y me compro mi bolsita.”³

Pero esto no quiere decir que haya total seguridad todos los viernes o sábados por igual. A medida que el mes avanza, el contexto general que enmarca las prácticas de consumo comienza a tener ciertos rasgos de *incertidumbre* (Nemiña, 2016) para los/as entrevistados/as.

“Cuando cobro sé que voy a tomar. Después, el otro fin de semana seguro que también, pero cuando se acerca fin de mes se empieza a complicar.”⁴

1 Claudio (35 años), tiene un hijo (8 años), está separado y trabaja en blanco en una fábrica de zapatillas en Rafael Calzada hace 5 años.

2 Marcelo (48 años), tiene un hijo (17 años), está separado y trabaja en blanco para una cadena de electrodomésticos en San Francisco Solano (Quilmes) hace 10 años.

3 Testimonio de Marcelo.

4 Testimonio de Claudio.

“Vos sabés cuándo sale más seguro y cuando por ahí no sale. Cuando andás con plata, los primeros días del mes, sabés que vas a tomar. Pero ya más cerca de fin de mes, ya no sabés si es segura la movida. Ahí se complica porque la plata se te acaba.”⁵

Aquellos/as que no cuentan con un trabajo formal, sino que trabajan en negro, de forma altamente precarizada, que realizan “changas” o venta ambulante, experimentan la contradicción entre la rutina de consumo y las posibilidades concretas de consumir con mayor incertidumbre.

“Y los sábados siempre pinta tomar, pero no sé si voy a tener unos pesos para comprar. Es un bajón, porque a veces tengo y a veces no. Pero tomar, quiero tomar igual. Igual me voy arreglando en el momento, voy viendo. Algo siempre se me ocurre.”⁶

“En las semanas vas viendo si llegás a juntar unos pesos para el sábado. Vos ya sabés que tenés que tener tanta cantidad de plata si querés tomar el fin de semana, entonces trabajás un poco más. Pero es un bajón si no llegás a juntar, sí otra cosa no hay para hacer.”⁷

También cabe resaltar a los/as que se encuentran en lo que podríamos establecer como un tercer grupo. Es decir, en una situación todavía más precaria que aquellos/as que al menos trabajan informalmente o por su cuenta, pero aún así de forma relativamente estable.

“Y yo no agarro laburo seguido. De vez en cuando sale algo. Corto el pelo, cuido a mis sobrinos o vende algunas cosas onda perfumes, ropa interior. Pero me pinta tomar todos los fines de semana. Quiero tomar, quiero salir a joder, hacer algo por ahí. Igual a veces compro para mí nada más. La mayoría de las veces me convidan, me invitan. Si no fuese por eso no tomo, y es un bajón.”⁸

Es importante señalar que las circunstancias laborales suelen ser cambiantes, sobre todo para los/as que transitan la informalidad. Puede que tal situación agregue aún más incertidumbre a las posibilidades de cumplir con la rutina de consumo, ya que no se sabe fehacientemente si al otro día va a haber trabajo.

5 Testimonio de Marcelo.

6 Sebastián (35 años), está soltero, no tiene hijos y vive con sus padres. Hasta hace 1 año trabajaba en una fábrica, pero fue despedido. Intentó estudiar psicología en la Universidad Nacional de La Plata pero abandonó por falta de tiempo e ingresos. Se dedica a hacer “changas” y venta ambulante.

7 Mariano (37 años), está soltero y vive con sus padres y 4 de sus 7 hermanos. Se dedica a la venta ambulante y a veces cobra “peaje” en los límites del barrio y otras roba autos para vender autopartes.

8 Pamela (24 años), no vive en un hogar fijo, va y viene entre la casa de su mamá, su papá, sus hermanas y amigos y amigas. Estudia Licenciatura en Enfermería en la Universidad Nacional de Quilmes.

“Hoy viernes a la noche tomo porque esta semana laburé bien, pero ya no sé si voy a trabajar la semana que viene, ¿entendés? Y bueno, si ando sin plata me la voy a rebuscar, pero es un garrón porque no sabés bien si vas a contar o no con tu plata en unos días.”⁹

La incertidumbre que comienza a aparecer a medida que pasan los días del mes para las personas con trabajo formal y que convive de forma más extendida y profunda con aquellas que hacen “changas”, o con las que directamente a falta de casi cualquier ingreso económico no adquieren la cocaína por su cuenta la mayor parte de las veces, puede deberse a un proceso contradictorio que conlleva aristas que son experimentadas de forma conflictiva,

La rutina que iguala fin de semana con consumo de cocaína parece estar bastante arraigada en el Barrio Santa Rosa, y la misma es percibida como algo a realizar sí o sí, o en todo caso no se divisan posibilidades de pasar un sábado a la noche de forma diferente, de ahí que sea “un bajón” no consumir.

Por otro lado, como señalamos anteriormente, satisfacer las expectativas creadas y a la vez creadora de comportamientos, depende de las posibilidades económicas de los/as consumidores/as, los/as cuales, debido a ésto, no se encuentran en las mismas condiciones.

Cuando la rutina preestablecida y las posibilidades materiales de poder reproducirla comienzan a distanciarse a causa de la falta de dinero, los/as entrevistados/as perciben y experimentan las circunstancias con incertidumbre, ya que no es posible planificar o adecuarse a las pautas generales de los fines de semana de forma segura.

Racionalidad intencional

Como decíamos anteriormente, los/as entrevistados/as muchas veces no saben si van a poder contar con dinero para poder comprar cocaína, lo cual hace que el contexto que engloba sus prácticas de consumo como también estas últimas, esté cargado de incertidumbre.

Pero según vimos, tal incertidumbre no hace que se planteen la posibilidad de no consumir, ya que pareciera ser una de las pocas actividades, o casi la única, que se contempla en un fin de semana en el barrio. Por el contrario, entran a jugar cálculos que conllevan una *racionalidad intencional* (Nemiña, 2016) que, sin una información óptima (saber si van a contar o no con dinero), de todas formas los/as entrevistados/as apuntan a obtener los beneficios esperados con la menor inversión posible.

“Sí ya sabés que no vas a tener plata para el finde igual vas viendo qué podés hacer. Capaz que no te comprás una bolsita, ¿viste?, pero tampoco te vas a quedar sin tomar. Sabés que alguna podés hacer,

⁹ Testimonio de Sebastián.

que podés sacar plata de algún lado o que podés conseguir merca igual. Pero por ahí no es seguro. Por ahí sí y por ahí no. Vas viendo qué pinta sobre la marcha también.”¹⁰

Así, los/as consumidores/as saben que van a contar con poco o nada de dinero, pero de todas formas se valen de diversas estrategias. Las mismas, en parte se apoyan en la experiencia y en parte en cálculos que tienen en cuenta la posibilidad de invertir relativamente poco a comparación con los beneficios que se esperan obtener.

“Cuando llega el sábado y no tengo plata para comprar merca, salgo a la esquina y veo quién pasa. De última, por ahí tengo un fasito e invito a alguno de los pibes que pasa. A veces el otro tiene una bolsita y te convida. Te convida porque vos compartís lo tuyo y él comparte también. Te convidan merca por un fasito, hacés negocio, ¿o no?”

“Si no tenés para tomar te vas a la esquina o a la casa de alguno de los pibes y ves qué pinta. Por ahí tenés algún fasito o un fernet que te quedó y ponés eso. Por ahí alguno tiene un poco para tomar y te convida. Siempre te van a convidar si vos ponés algo. La onda es compartir.”

Lo recientemente expuesto también vale para las mujeres, aunque éstas pareciera que tienen mayores posibilidades de consumir sin invertir algún bien material, sea dinero u otro tipo de drogas para convidar/intercambiar.

“Es muy raro que tenga plata para comprarme merca. La mayoría de las veces que tomo es porque me invita algún amigo. Yo no tengo plata pero sé que me van a empezar a mandar mensaje y si tengo ganas de tomar voy viendo quién tiene y me mando para allá. Ya sé que alguno va a tener, pero la onda es ir viendo quién tiene así sé para dónde ir (risas).”¹¹

De esta forma, en un contexto de incertidumbre los/as entrevistados/as se ven en la obligación de, por un lado, apelar a los recursos que brinda la experiencia y las relaciones sociales previamente establecidos y, por otro, realizar cálculos “sobre la marcha” que implican una racionalidad intencional que se traduce en invertir cualquier bien material, o simbólico¹², que se tenga a mano para obtener al menos un poco de cocaína.

Expectativas ficticias

10 Testimonio de Sebastián.

11 Testimonio de Pamela.

12 No hay que descartar la posibilidad de que algunas mujeres, como Pamela, sean conscientes de ser objeto de deseo por parte de varios hombres y así hacer uso de la situación para obtener cocaína, en este caso. Aunque aquí sería discutible si el bien invertido además de ser simbólico no es también material, debido a que se hace uso del cuerpo en tanto objeto de deseo, sin restar importancia a que pueda serlo además ella en tanto “persona”.

Hasta ahora dimos cuenta del contexto en el que los/as entrevistados/as llevan a cabo sus prácticas, los cuales (contexto y prácticas), debido principalmente a factores económicos, suelen estar cargados de incertidumbre. A su vez, ponen en juego un tipo de racionalidad que hace la relación costo-beneficio, pero debido a tal incertidumbre, es una racionalidad intencional.

Ahora bien, los cálculos racionalmente intencionales no suceden en el aire, sino que se apoyan en *expectativas ficticias* (Nemiña, 2016). Relatos como los siguientes dan cuenta de la forma en la cual los/as entrevistados/as generan expectativas ficticias con la finalidad de consumir.

“Una que hago cuando ando corto de guita es tirarle la onda a alguien para tomar. Siempre a algún amigo o conocido. Tipo cinco de la tarde mando mensaje y digo que estaría para tomar merca y el otro agarra viaje seguro. Después, cuando nos juntamos para poner mitad y mitad, llevo un poco menos y trato de que el otro ponga su parte o lo que me falta a mí.”¹³

“Y voy tirando la onda desde temprano. Mando mensaje a alguno para preguntarle si quiere tomar, así le hago la segunda porque tengo la nota. Les digo que yo no quiero tomar, que solamente pego para ellos, para un amigo, para un pibe del barrio. Después, cuando les consigo, me quedo. No me voy a ningún lado (risas). Me preguntan si quiero tomar y les digo que si. Si no preguntan tiro la onda para que salga un puntín al menos. Pero de tomar, voy a tomar.”¹⁴

Como señalamos, se realizan cálculos de costo beneficio, invirtiendo la menor cantidad de dinero posible al tiempo que se espera obtener algún tipo de retribución materializada en cocaína. Aunque vale la pena destacar el uso del concepto “amigo”, ya que los/as entrevistados/as se apoyan en la posibilidad de generarles expectativas ficticias a personas más o menos cercanas, de trato relativamente cotidiano.

Quizás ilustre mejor este tipo de prácticas describiendo una situación que funcione a modo de ejemplo de lo que estamos planteando.

En una de las tardes en las cuales me encontraba dando vueltas por el barrio con Mariano y Sebastián, les propuse ir hacia mi casa para hacerles una entrevista.

Cuando le pregunté cuándo empezaron a consumir, con quién o quiénes lo hicieron o con quién y quiénes lo hacían ahora, me respondieron, “con él, loco, porque él es mi amigo”, “más vale, amigo. Yo al chabón lo banco, ¿entendés? El chabón es mi amigo, loco”. Mientras lo decían se palmeaban la espalda y se festejaban entre ellos las respuestas, siempre haciendo

13 Testimonio de Mariano.

14 Testimonio de Sebastián.

énfasis en el lazo que los unía y los une, dejando en claro que la suya era una amistad de años e irrompible.

Al estar cerca de finalizar la entrevista, Mariano dijo, “tanto hablar de merca yo quiero tomar, ¿vos conseguís ahora?” (a Sebastián). A lo que Sebastián respondió, “sí, loco. Yo consigo”. “Bueno, entonces tomá (le dió un billete de 500 pesos). Yo pago. Tomamos los tres”, dijo Mariano. “Listo. Abrime Jere que voy a comprar y en 5 minutos estoy. Es acá a la vuelta”, expuso Sebastián.

Mientras Sebastián estaba ausente, Mariano me comentaba que “al chabón lo re bancaba” y me decía que “habían pasado una banda de cosas juntos”. Pero al transcurrir más o menos 10 minutos, Mariano cambió el humor y también su apreciación sobre Sebastián. Comenzó a decir, “este no viene, me cagó. Pegó y se fue a encerrar, a tomar en la casa solo”. Yo le contesté, “bancá. No te pongás así porque el chabón es tu amigo y el que hace esas cosas sos vos”. Mariano argumentó, “bueno, amigo. Pero yo ahora te estoy invitando. Vamos a la esquina y lo esperamos. Agarrá el envase que me estoy poniendo nervioso y tengo sed”.

Salimos. Mariano encaró para el almacén a buscar cerveza y yo me quedé en la esquina para ver si volvía Sebastián, quien llegó a los pocos minutos. Dijo, “no estaba el chabón. Me atendió el hermano y me dijo que vuelva en una hora maso, pero no sé”. Esperamos a Mariano y cuando llegó, Sebastián le comentó lo ocurrido y le devolvió la plata.

La anécdota sirve para poner entre paréntesis o al menos relativizar que alrededor del consumo de drogas sólo podamos hallar construcción de grupalidad e identidad, sino que también detrás de estas cuestiones, podamos encontrar lógicas de tipo más calculadoras, sin que borran del todo aquello que los/as mismos/as entrevistados/as proponen como “amistad”. La construcción de identidad y grupalidad puede que sea lo que se ve a simple vista, y que detrás haya prácticas orientadas por motivaciones algo egoístas, al menos dependiendo del tipo de droga que se ponga en juego.

Una segunda parte del relato seguramente reforzará la idea.

La posibilidad de conseguir cocaína por parte del vendedor al que había acudido Sebastián era incierta, así que me pidieron que contacte a Marcelo o a Claudio para que, a su vez, ellos aporten el dato de otro vendedor. Les envié mensaje, pero me dijeron que no había nada por ningún lado. Entonces le dije a Sebastián que llame a la vendedora que él suele frecuentar, pero el único con celular de los tres era yo y no tenía su número. Como solución fuimos a la casa de Mariano e hicimos que su hermano Agustín llamara y se encargue de hacer el pedido. Salió bien, A los 5 minutos el auto del novio de la “transa” llegó a la casa de Mariano y él encaró, mientras Sebastián y yo lo esperamos en la esquina. Vemos que el auto se va luego de

que Mariano agarre el pedido por la ventana. Nos acercamos a él y dice, en tono “sorprendido”, “uuhh, perdí una bolsa. Se me cayó y no la encuentro”. Empezó a fingir que la buscaba en el asfalto (ya era de noche) y, algo “enojado”, se dirigió hacia Sebastián y yo, “ya fue, me voy adentro. Que nadie me siga porque estoy re caliente. Cómo vine a perder una bolsa”. Acto seguido, se metió en su casa.

Sebastián y yo nos miramos y comentamos que ya sabíamos que algo iba a hacer para ponerse en “mezquino”, que estuvo toda la tarde “agitando que él compraba, que invitaba, que compartía, para mientras tanto poder tomar cerveza y fumar faso “de arriba”. Solamente estábamos esperando a ver qué se inventaba esta vez.

Mientras volvíamos caminando para mi casa, Sebastián comentó, “yo sabía que iba a cortarse solo. Siempre hace lo mismo. Se te hace el amigo y después se manda esas. Hace años que hace lo mismo y por eso lo descartan de todos lados. No se puede confiar en el chabón porque sabés que va a bardear”.

Al final de la jornada, aquellos gestos de afecto y compañerismo por parte de Mariano y Sebastián se habían disuelto en acciones de desconfianza entre ambos, en prácticas egoístas, en formas de crear expectativas ficticias para que llegara un final más o menos previamente calculado, en el cual Mariano sólo invirtió para él, habiendo obtenido en el medio alcohol y marihuana, y compañía (¿por qué no?), mientras constantemente nos hacía notar y recordar que ésta vez, por fin, él invitaba.

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo intentamos dar cuenta de prácticas cargadas de incertidumbre, así como también el contexto en el cual se llevan adelante. Dijimos que además, tal incertidumbre no detenía las prácticas, sino que obligaba a los/as entrevistados/as a realizar cálculos de costo beneficio, pero sin contar con una información óptima, por lo cual sus motivaciones eran intencionalmente racionales. Y para terminar, argumentamos que una de las estrategias llevadas a cabo para obtener los resultados esperados invirtiendo la menor cantidad de bienes posibles, era la de crear expectativas ficticias en las demás personas.

Ahora bien, esta sólo fue una dimensión del problema, lo cual hace que quede abierta la posibilidad de plantear otros, y también problematizar más cuestiones en torno a prácticas de consumo de drogas ilegales. Por otro lado, tanto las dimensiones problematizaciones pueden leerse desde una perspectiva que se contemple a nivel estructural, y así trazar una relación micro-macro.

Para finalizar el presente trabajo pueden proponerse una serie de preguntas que sirvan a la hora de complejizar la problemática. Algunas de las preguntas pueden ser: ¿en qué medida los espacios físicos, días y horarios para llevar a cabo el uso de drogas ilegales dependen de las elecciones de los/as entrevistados/as y en qué medida los primeros se imponen a los/as segundos/as?, en relación a los hombres, ¿qué cantidad de mujeres llevan a cabo estas prácticas?, si son menos mujeres que hombres, ¿a qué se debe?, ¿qué factores de regulación de estas prácticas podemos encontrar?, ¿hay elementos externos a los/as entrevistados/as los/as empujen o condicionen a consumir drogas ilegales?, ¿cuáles?, ¿consumir drogas se reduce al acto mismo de hacerlo o empieza antes y termina después?, ¿estas prácticas son prácticas de consumo?, si no lo son, ¿desde qué punto de vista podríamos abordarlas?

Referencias bibliográficas

Becker (2014). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Siglo XIX Editores, Avellaneda.

- Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XIX Editores, Avellaneda.
- Bruzzone, D. (s/f). *Consumir sin que te consumas. Jóvenes y prácticas de consumo de pasta base en sectores populares*. 1° Primer Encuentro sobre Juventud. Medios de Comunicación e Industrias Culturales (JUMIC).
- Castellón-Montenegro, H. y otros (2015). *Conocimientos, actitudes y prácticas del consumo de sustancias psicoactivas en estudiantes de Enfermería de una Universidad privada en Barranquilla 2010-2011*. En: Revista Respuestas, vol. 20, nro. 1, pp. 67-83.
- Guzmán-Facundo, F. y otros (2011). *El consumo de drogas como una práctica cultural dentro de las pandillas*. En: Revista Latino-Am. Enfermagem, Monte Alegre, Brasil.
- Nemiña, P. (2016). *Acción económica e incertidumbre. La sociología económica de Jens Beckert*.
- Pearson, G. y Twohig, J. (2014). *Etnografía a través del espejo*. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Rodríguez Alzueta, E. (2016). *Consumo y delito. Si no hay futuro hay joda*. En: *Hacer Bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Malisia Editorial, La Plata.
- Willis, P. (2014). *El significado cultural del uso de drogas*. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.